

Capítulo 1 · El código latino

La eterna búsqueda de la identidad en la diáspora

1.1 Crónica de un sueño compartido

En la inagotable búsqueda de mi propia identidad, y tratando de encontrar una manera universal de compartir esta visión con quien me leyera, tuve que remitirme a la obra literaria más antigua del planeta: *La epopeya de Gilgamesh*.

Gilgamesh fue un rey que vivió en Mesopotamia hace unos cinco mil años. Sus hazañas, a medio camino entre la historia y la leyenda, llegaron a nuestros días gracias a décadas de trabajo arqueológico. Los poetas de su época narran que un día emprendió el viaje más arduo de su vida buscando la inmortalidad. Después de intentarlo de mil maneras, viviendo experiencias asombrosas y haciendo uso de todo el poder que tenía a su alcance, fracasó. El rey regresó a su ciudad, Uruk, con las manos vacías.

Al contemplar las imponentes murallas que había construido, tuvo una epifanía: comprendió que la eternidad no residía en su carne, sino que la encontraría a través de sus obras. Entendió que su identidad y su legado sobrevivirían en los ladrillos que dejó para las generaciones futuras.

La búsqueda de la identidad hispanoamericana es, en esencia, nuestra propia epopeya de Gilgamesh: una búsqueda eterna. Todos nacemos con una identidad latente, forjada en nuestros lugares de origen; es un traje que llevamos puesto sin darnos cuenta. Sin embargo, esa identidad que nunca terminamos de definir sale a flote y se vuelve vital cuando estamos fuera, cuando cruzamos fronteras y nos convertimos en la diáspora. Es en ese preciso momento, lejos del hogar, donde hasta el más pequeño detalle se hace gigante.

Frank Borman, el astronauta que formó parte de la histórica misión Apolo 8 en 1968, describió la Tierra desde la órbita de una manera que no he podido olvidar. Con nostalgia en la voz, contó que allá arriba la Tierra era la única cosa con color en un universo de blanco y negro: una esfera pequeña, frágil y completamente sola. Desde esa perspectiva, las fronteras que tanto nos separan aquí abajo sencillamente no existen.

Eso me hizo comprender que la nostalgia que sentimos al estar lejos de nuestro lugar de origen es uno de los sentimientos más humanos que existen. Uno que nos hace ver con brillantez cosas que, desde dentro, parecen oscuras.

Porque uno no cruza un océano para convertirse en una mota de polvo, en alguien que limpia baños ajenos o recoge escombros en obras que nunca van a llevar su nombre. Queremos construir algo propio. Nuestra muralla de Uruk.

1.2 Historia de uno, historia de muchos

Como muchos migrantes, yo he vivido el desarraigo en carne propia.

Cuando vivía en Londres, tenía que salir a las tres de la mañana para llegar a las 4:00 al corazón de Westminster, donde empezaba mi jornada. Limpiaba pasillos y baños en uno de los lugares más extraordinarios que he conocido: la *London Library*. Fundada en 1841, con más de un millón de volúmenes, esta biblioteca alberga una colección que Darwin frecuentó mientras escribía *El origen de las especies*, y posee una sala de colecciones únicas a la que entrábamos a limpiar escoltados.

Durante varias noches dormí apenas unas pocas horas, porque solo tenía para pagar “un sofá” donde dormir y, a menudo, los otros inquilinos desocupaban esta cama común sobre las once de la noche, cuando terminaban de ver la *Champions League*. Era mi versión de la famosa *cama caliente* que muchos emigrantes soportamos, porque la mayoría, cuando emigramos, no podemos pagar ni el alquiler de una habitación.

Algunos días terminaba de limpiar antes de que llegaran los primeros lectores. Otros, no. Y en esos días, salía al pasillo con el cubo en la mano y los veía instalarse: abrían sus cuadernos, elegían sus libros con la tranquilidad de quien sabe exactamente por qué está ahí. Yo también lo sabía. Solo que mi razón era otra. Un niño que de pequeño provocaba castigos escolares para quedarse solo con los libros había terminado limpiando de madrugada la misma biblioteca que inspiró a Darwin.

Cuando por fin conseguía descansar, mirando un techo ajeno en el silencio de la noche, me asaltaba la misma pregunta que ronda de manera constante la cabeza de quienes estamos lejos de nuestro hogar: *¿Quiénes somos?*

La perspectiva de Borman, la del que mira desde lejos, me daba consuelo. Estando en situaciones de supervivencia, los muros que solo existen en nuestras mentes se vuelven absurdos; como las diferencias de clase que se viven en mi amada Bogotá.

Esas fronteras invisibles, cada uno aplíquelo a su país o región, desaparecen en el aeropuerto de Heathrow. Allí uno es colombiano y punto. Un peruano o un ecuatoriano saben que eres colombiano, pero para un francés, un italiano o un español promedio, todos somos sudamericanos.

Esto nos debería enseñar mucho acerca de nuestra identidad. Si no sabemos por dónde empezar a buscarla, al menos cambiando de perspectiva sabemos por dónde *no* empezar. Y si iniciamos reconociendo que tenemos más cosas en común que diferencias, seríamos más tolerantes los unos con los otros.

1.3 El mercado de la nostalgia

Esa búsqueda inconsciente de nuestra identidad termina materializándose en lo que los expertos en economía llaman “mercado étnico”. Sin darnos cuenta, nos encontramos a nosotros mismos caminando por los pasillos de un mercado latino buscando el ingrediente que nos devuelva a la cocina de nuestra abuela.

Nos reconocemos comprando unas arepas, sentados en la silla de una peluquería latina donde el acento y el chisme nos sirven de terapia, o en medio del estruendo de una discoteca, donde por un par de horas volvemos a ser mayoría.

Como parte de la diáspora, resaltamos y compartimos en nuestras redes sociales todo logro de un hispano como si fuera nuestro. Entonces, surge una pregunta incómoda: ¿nuestra identidad son solo los logros excepcionales de nuestros paisanos en el extranjero? ¿Es solo el reguetón dominando las listas de Spotify?

Somos muchísimo más que eso.

Nuestros artistas latinos le han puesto música y letra a nuestra identidad contemporánea, eso es innegable. Pero somos cada uno de nosotros, sin excepción, quienes tenemos que escoger los ingredientes de esa receta. Esa receta maestra no se inventa de la nada; se labra desde nuestro día a día, desde nuestra realidad. Pero nunca seremos capaces de reconocerla, vivirla y transmitirla si no sabemos quiénes somos.

Yo tardé años en entenderlo.

1.4 El embudo

Incluso después de años viviendo fuera de mi país, el hecho de luchar por mi identidad era algo que no consideraba urgente ni importante. Es más: ni siquiera lo percibía. Hasta el día que empezó a desaparecer mi ascendencia.

Cuando pasa el tiempo y regresamos de visita a nuestro país, nos invade una sensación de la que solemos no hablar. Para quien sale, el tiempo se ha detenido; la música, los lugares, los rostros, aparentemente todo sigue igual. Pero sabemos que no es así.

Todo empezó poco después de perder a mis padres. Un día, de pronto, me descubrí hablando a mis hijos no solo en otro acento, sino en un idioma diferente a mi lengua materna, y me invadió un sentimiento que no supe nombrar de inmediato.

Me quedé sin respiración. Tuve la sensación de ser absorbido por un embudo oscuro que me tragaba y donde se apretaban millones de personas. Algunos de esos rostros eran conocidos: mis padres, tíos, tías, mi abuela que ya no estaba.

Recordé de inmediato la portada de nuestros libros de historia en Colombia: *Historia de América e Historia Universal*. Lo que para nosotros fue un cisma, narrado siempre como la historia de alguien que vino desde muy lejos, para el Imperio español fue un gran suceso, sí, pero enmarcado dentro de muchos otros grandes sucesos de la humanidad.

Pero no fue un rayo lo que nos partió y nos borró del mapa. Sencillamente, nos transformamos, nos fusionamos. Somos parte de la historia de toda América, desde Alaska hasta la Patagonia. Y también es nuestra la historia del otro lado del océano. No se trata de ellos y nosotros. Somos uno, somos todos.

De vuelta de ese embudo que me tragaba, entendí que ese era el ingrediente que faltaba para definir quiénes somos, y trato de compartirlo en este libro en honor a todo lo que somos.

Ese es nuestro código fuente.

1.5 El código latino en números: Norteamérica

Cuando auditamos ese código y lo aplicamos al plano global, los datos demuestran que la diáspora no es una simple anécdota de supervivencia. Somos una fuerza motriz global. Los números, cuando se limpian de sesgos políticos y se miran de frente en el panel de control, cambian por completo la perspectiva del analista: revelan que el sistema operativo de las economías más avanzadas está corriendo sobre servidores latinos.

La Latino Donor Collaborative calcula en sus auditorías de mercado que si la comunidad hispana en los Estados Unidos fuera una economía independiente, su Producto Interno Bruto se posicionaría como la quinta del planeta, rozando la cifra de los 4,1 billones de dólares. Esto sitúa su rendimiento financiero neto por encima de potencias consolidadas como el Reino Unido, la India, Francia, Italia o Canadá.

El dato que más me detiene, sin embargo, no es el del PIB. El indicador clave es demográfico y apunta al futuro del sistema productivo: el 72 % de la nueva fuerza laboral neta incorporada en los Estados Unidos proviene de familias de origen hispano.

Los hijos y nietos de aquellos pioneros que una vez limpiaron hospitales o construyeron autopistas bajo el sol son hoy los ingenieros de las compañías Big Tech, los médicos que gestionan las salas de cirugía y los fundadores de las nuevas empresas de base tecnológica. Esto no es integración; es una transferencia silenciosa de poder económico e intelectual que ya ocurrió en tiempo real.

1.6 El código latino en números: España y Europa

Y el fenómeno no se queda en América. Al cruzar el Atlántico, los datos cuentan la misma historia con otro acento. España lleva veinte años envejeciendo sin remedio. Su población nativa no se reproduce al ritmo que necesita el Estado de bienestar. Quien ha tapado ese hueco, año tras año, ha sido la diáspora latinoamericana.

Los datos del Instituto Nacional de Estadística lo cuentan así: a enero de 2024 vivían en el país 4,2 millones de personas nacidas en algún país de Hispanoamérica. Solo Colombia aportaba 857.000; Venezuela, casi 600.000; Ecuador, más de 448.000. El 60 % de toda la población extranjera residente en España tiene origen latinoamericano. Sumando a sus hijos nacidos ya en suelo español, son siete millones de personas en un país de 49. Una de cada siete.

Si consideramos esta cifra en un país de 49 millones de habitantes, el dato revela un fenómeno inverso al del siglo XX: España ya no es solo el origen, sino el nodo receptor de un código cultural compartido. Pero España no es el único nodo de esta red.

Al igual que Gilgamesh frente a las inmensas murallas de Uruk, tal vez no alcancemos la vida eterna. Pero estamos construyendo un código: una muralla de relatos y resistencia que perdurará muchísimo más allá de nosotros mismos. Este libro es mi intento de que lo veamos.

Muestra de lectura del libro La historia en datos, datos en la historia, de Weimar Viatela Aponte. Edición completa disponible en Amazon a partir del 7 de agosto de 2026. Ecosistema digital, gráficos interactivos y bibliografía comentada en myskakubun.com